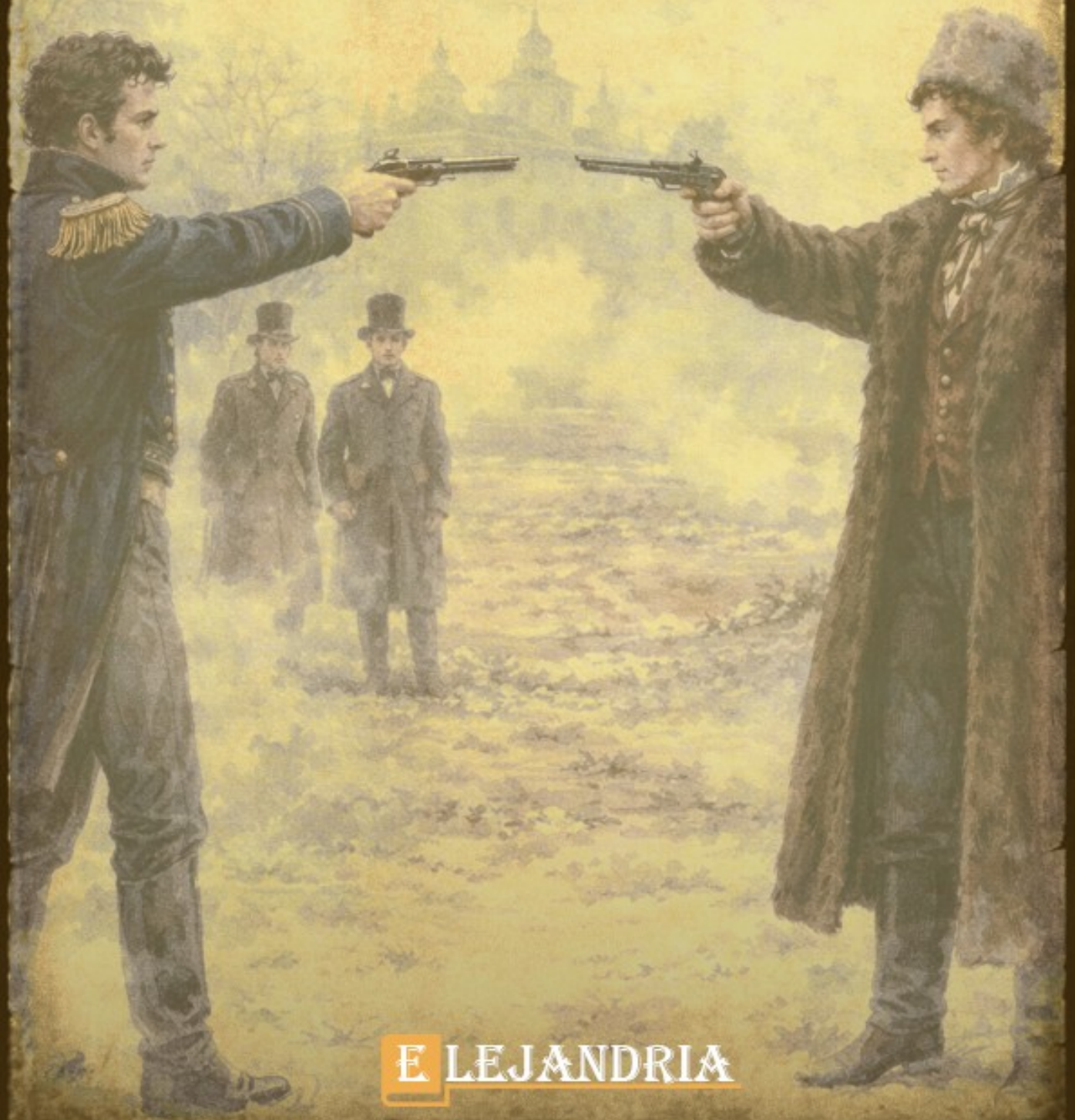


Aleksandr Pushkin

# El Desafío



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL DESAFÍO**

**ALEKSANDR PUSHKIN**

**PUBLICADO: 1831**

**FUENTE: BNEDIGITAL**

**TRADUCCIÓN: JULIÁN JUDERÍAS**

# EL DESAFÍO

## CAPÍTULO I

Estábamos en la aldehuela de \*\*\*. Todos conocen la vida que suele hacer un oficial del ejército cuando está de guarnición. Por la mañana, ejercicio y picadero; después, almuerzo con el comandante o en una posada judía; por las tardes, ponche y baraja. En \*\*\* no había casas hospitalarias, ni siquiera novias; nos reuníamos los unos en casa de los otros, y, excepción hecha de nuestros uniformes, a nadie veíamos.

Tan solo un paisano formaba parte de nuestra reunión militar. Tenía unos treinta y cinco años, razón por la cual le creíamos viejo. La experiencia le daba una notable superioridad sobre nosotros; además, su acostumbrada melancolía, sus pésimas costumbres y su lengua viperina ejercían sobre nuestra fantasía juvenil poderoso influjo. Rodeábale un cierto misterio; parecía ruso y llevaba un apellido extranjero. Había servido algún tiempo en los húsares y hasta con suerte; nadie sabía qué razones le habían impulsado a pedir el retiro y a irse a una mísera aldea, donde vivía pobre y espléndidamente a la vez. Iba siempre a pie, vestido con un gabán usado, de color oscuro, y, sin embargo, convidaba a comer constantemente a todos los oficiales de nuestro regimiento. Cierto es que sus cenas constaban de dos o tres platos, aderezados por un soldado retirado; pero, en cambio, corría el

champagne que era un placer. Nadie sabía qué bienes tenía, ni a cuánto ascendían sus rentas, ni nadie se atrevió a preguntárselo. En su casa abundaban los libros, especialmente los relativos a la milicia y las novelas. Con gusto los prestaba, sin exigir luego su devolución. En cambio, jamás devolvió libro alguno que le prestasen. Su principal habilidad consistía en el tiro a pistola. Las paredes de su habitación estaban llenas de agujeros, que formaban filas como soldados en revista. Una valiosa colección de pistolas era la única magnificencia de la humilde mansión en que vivía. La destreza que había logrado adquirir era sorprendente, y si se le hubiera ocurrido apostar a que quitaba de un balazo la insignia que llevábamos en la gorra, no creo que ninguno de nosotros se hubiera atrevido a ofrecerle su cabeza.

Nuestras conversaciones se referían con frecuencia a los desafíos. Silvio, que así se llamaba, jamás se mezclaba en ellas. A la pregunta de si se había batido alguna vez contestaba secamente que sí, pero sin entrar en detalles, y era evidente que le desagradaban las preguntas de este género. Supusimos que algún desgraciado accidente, producto de su extraordinaria habilidad, le remordía la conciencia. Por lo demás, no nos pasó por la imaginación sospechar que fuese culpable de ninguna vileza. Hay gentes cuya sola apariencia aleja toda sospecha. El terrible suceso nos dejó a todos asombrados.

Una vez fuimos a comer a casa de Silvio diez oficiales. Bebimos como de costumbre, es decir, mucho; después de comer le rogamos al anfitrión que tallase una banca. Se resistió a ello mucho tiempo, porque casi nunca jugaba; por último, mandó traer cartas, puso sobre la mesa unos cincuenta rublos y se puso a tallar. Le rodeamos y empezó la partida. Silvio tenía la costumbre de guardar silencio mientras jugaba; no discutía, ni daba explicaciones. Si perdía, pagaba; si ganaba, cogía su dinero. Ya lo sabíamos y, por tanto, le dejamos que procediera a su modo; pero entre nosotros había un oficial que residía en \*\*\* desde hacía poco tiempo. Al jugar, cometió un error, que Silvio rectificó en silencio, según su costumbre. Creyó el oficial que se había equivocado el banquero y le pidió explicaciones. Silvio siguió tallando sin contestarle. Perdió la paciencia el oficial y reclamó lo que creía suyo. Silvio, sin decir palabra, tornó a rectificar la jugada. El oficial, sobreexcitado por el vino, el juego y las risas de los compañeros, se creyó ofendido, y cogiendo, furioso, un candelabro de bronce que había sobre la mesa, lo asestó sobre Silvio, que apenas tuvo tiempo de esquivar el golpe. Hubo

un momento de confusión. Silvio se levantó y pálido de ira, chispeantes los ojos, exclamó:

— Señor mío: tenga la bondad de retirarse y dé gracias a Dios de que esto haya ocurrido en mi casa.

Ni por un momento dudamos de las consecuencias que iba a tener aquel suceso y dimos por muerto a nuestro colega. El oficial salió inmediatamente diciendo que estaba dispuesto a responder de su conducta en la forma que el banquero creyese conveniente. Seguimos jugando breve rato, pero comprendiendo que nuestro huésped no estaba para ello, fuimos saliendo de su casa uno tras otro y nos retiramos a nuestros albergues hablando de la próxima vacante.

Al día siguiente, en el picadero, nos preguntábamos unos a otros si estaba aún en vida el pobre Teniente cuando se presentó éste. A nuestras preguntas contestó que no tenía la menor noticia de Silvio. Esto nos sorprendió. Fuimos a su casa y le hallamos en el patio metiendo bala tras bala en una carta de la baraja clavada en la pared. Nos recibió como solía, sin aludir lo más mínimo al suceso de la víspera. Pasaron tres días y el Teniente no había muerto. Con sorpresa nos decíamos: «¿Será posible que no se bata Silvio?» Y Silvio no se batió, contentándose con breves explicaciones, después de lo cual hizo las paces.

Esto le perjudicó extraordinariamente entre nosotros. La falta de valor no tiene excusa posible entre muchachos convencidos de que este es la cualidad por excelencia de los hombres y la que hace perdonar toda clase de defectos. Sin embargo, poco a poco se fue olvidando el incidente y Silvio recobró su primitivo influjo.

Yo fui quien no pudo reanudar las relaciones que con él mantuve. Dotado de una imaginación romántica, había sentido mayor simpatía que mis compañeros hacia aquel hombre, cuya vida era un enigma y que me parecía haber sido protagonista de alguna dramática misteriosa historia. Me quería; a lo menos, conmigo deponía su punzante escepticismo y hablaba de múltiples temas con naturalidad y agrado extraordinarios. A partir, sin embargo, de aquella infausta noche, la idea de que su honor estaba empañado por efecto de su propia voluntad, me perseguía, impidiéndome tratarle como antes; al verle, me remordía la conciencia. Era Silvio demasiado inteligente y tenía demasiada experiencia para no apreciar aquel cambio y no compren-

der su motivo. Al parecer, aquello le entristeció, y pude notar que una o dos veces mostraba deseos de hablarme; eludí, sin embargo, toda explicación y Silvio se alejó de mí. Desde entonces nos veíamos tan solo en presencia de los compañeros, y nuestras antiguas largas pláticas cesaron.

Los divertidos habitantes de una capital no tienen idea de muchas impresiones que sobradamente conocen los que viven en aldeas o en ciudades pequeñas, entre ellas, por ejemplo, la espera del día en que llega el correo. Los martes y los viernes la oficina de nuestro regimiento se llenaba de oficiales; quién aguardaba una carta; quién, dinero; quién, periódicos. Generalmente rasgábanse allí mismo los sobres, comunicábanse las noticias, y la oficina ofrecía animadísimo aspecto. Silvio recibía sus cartas con las señas de nuestro regimiento, y solía acudir a aquellas reuniones. Una vez diéronle un sobre, cuyo sello rompió con muestras de viva impaciencia. Al leer el contenido de la carta relampaguearon sus ojos. Los oficiales, ocupados con la lectura de sus propias cartas, nada notaron.

— Señores — les dijo Silvio —, las circunstancias exigen que me ausente sin pérdida de tiempo. Me marcharé esta misma noche; espero que no os negaréis a cenar conmigo por última vez. Os espero — añadió, volviéndose hacia mí —, os espero sin falta.

Dichas estas palabras salió precipitadamente, y nosotros nos fuimos, cada cual por su lado, después de darnos cita en casa de Silvio.

Llegué a ella a la hora fijada, y me encontré con casi todos los oficiales del regimiento. La mayor parte de los muebles había desaparecido, y en las desnudas paredes se veían los agujeros de las balas. Nos sentamos a la mesa. Nuestro huésped estaba de excelente humor y pronto su alegría se comunicó a todos nosotros; saltaban los tapones, llenábanse los vasos de espumoso champagne y deseábamos a cada instante, con sinceridad no fingida, feliz viaje y prosperidades sin cuento a nuestro amigo. Nos levantamos de la mesa muy entrada la noche. Al despedirse los comensales de Silvio, cogióme este de la mano y me detuvo en el instante mismo en que iba a salir.

— Necesito hablar con usted — me dijo en voz baja.

Y me quedé.

Salieron los invitados; quedámonos solos; nos sentamos frente a frente, y fumamos en silencio. Silvio parecía estar preocupado; en su rostro no quedaban ni huellas de su febril alegría. Su palidez espectral, el relampaguear de su mirada y el humo que echaba por la boca, le daban el aspecto de un demonio. Al cabo de unos minutos, Silvio rompió el silencio.

—Es posible que no volvamos a vernos —me dijo—, y antes de separarnos he querido tener una explicación con usted. Ha podido usted observar lo poco que me importa la opinión ajena; pero le quiero a usted, y me hubiera sido doloroso dejar en su memoria una impresión desagradable.

Calló y púsose a llenar de nuevo su pipa. Yo guardé silencio y bajé los ojos.

—Le extrañaría a usted —prosiguió— que no exigiese una reparación por las armas al imbécil de P\*\*\*. Convendrá usted conmigo en que, teniendo yo la elección de armas, su vida estaba en mis manos y la mía exenta de todo peligro. Pude, pues, atribuir mi cordura a grandeza de alma; pero no quiero mentir. Si hubiera podido castigar a P\*\*\* sin exponer mi existencia lo más mínimo, no le hubiera perdonado.

Miré a Silvio con verdadero asombro. Esta confesión me dejó pasmado. Silvio prosiguió:

—Pues sí. No tengo derecho a exponerme a la muerte. Hace seis años recibí una bofetada, y mi enemigo está en vida.

Mi curiosidad se despertó.

—¿No se batió usted con él? —le pregunté—. Sin duda alguna las circunstancias los separaron.

—Me batí con él —contestó Silvio—, y he aquí el recuerdo que me queda de este desafío.

Silvio se levantó, sacó de una caja una gorra colorada con galones, una gorra de cuartel, y poniéndosela observé que tenía un agujero en el borde, encima precisamente de la frente.

—Como usted sabe —prosiguió Silvio—, he servido en el regimiento de húsares de \*\*\*. Ya conoce usted mi genio. Me gusta ser el primero en todo, y este deseo era una pasión en mi juventud. En nuestro tiempo estaba a la moda el ser crapuloso; el más crapuloso de mi regimiento era yo. Nos

enorgullecíamos de nuestras borracheras, y yo les gané en esto al célebre Burzof y al ilustre Dionisio Davidof. Los desafíos estaban a la orden del día, y en todos ellos actuaba yo como testigo o como actor. Mis compañeros me adoraban, y los coroneles, que cambiaban a cada momento, me consideraban como un mal inevitable. Yo, tranquilo (o intranquilo), gozaba de mi gloria cuando destinaron a nuestro regimiento un joven, rico, de gran familia. ¡Jamás había visto hombre más favorecido de la fortuna! Figúrese usted a juventud, talento, belleza, alegría de vivir, valor sin límites, apellido ilustre, dinero sin tasa, y tendrá idea de lo que era aquel hombre y de la influencia que ejerció sobre nosotros desde el primer momento. Mi superioridad vacilaba. Atraído por la fama que yo tenía, buscó mi amistad; pero yo le acogí fríamente y él se apartó de mí sin sentimiento alguno. Empecé a odiarle. Sus éxitos en el regimiento y sus triunfos con las mujeres me sumieron en desesperación. Traté de reñir con él; pero a mis epigramas contestaba con epigramas, que siempre me parecían mejores y más agudos que los míos, y que, a decir verdad, eran más alegres, puesto que él bromeaba y yo odiaba.

Por último, una vez, hallándonos en un baile que daba un propietario polaco, viéndole objeto de las atenciones de las damas y especialmente de la dueña de la casa, que había estado en relaciones conmigo, perdí el seso y le dije al oído no sé qué grosería. Dio un salto y me pegó una bofetada. Echamos mano a los sables; desmayáronse las señoras; nos separaron, y aquella misma noche marchamos al lugar designado para el duelo.

Fue este al amanecer. Yo le esperaba con mis padrinos. Mi impaciencia no tenía límites. Salió el sol, y el calor empezó a molestarnos. Le vi venir desde lejos, a pie, acompañado de un padrino. Se acercó, llevando en la mano la gorra, que estaba llena de cerezas. Nuestros padrinos midieron la distancia. A mí me cupo en suerte disparar primero; mas temiendo que la agitación que me causaba la próxima venganza hiciese temblar mi mano, y queriendo tener tiempo de calmarme, le cedí la vez. No quiso aceptarla. Resolvimos entonces echar suertes y esta le fue favorable. Apuntó, y la bala atravesó mi gorra. Me tocó disparar. Su vida estaba, por fin, en mis manos, y le miré con ansia, tratando de descubrir en su rostro la huella del temor. Vi, empero, que permanecía impasible bajo el cañón de mi pistola, comiéndose las cerezas que llevaba en la gorra y echando los huesos, que casi me alcanzaban. Su indiferencia me enloqueció. «¿Qué consigo — me dije — con

privarle de la vida cuando la aprecia tan poco?» Un mal pensamiento cruzó por mi mente. Bajé la pistola.

—No está usted —le dije— en momento a propósito para morir, puesto que come y yo no quiero molestarle.

—No me molesta usted en lo más mínimo —replicó—. Tenga la bondad de disparar o haga lo que quiera, pues siempre quedará ese tiro a su disposición y yo a sus órdenes.

Volvíme hacia los padrinos y les manifesté que renunciaba a tirar y con esto acabó el desafío. Pedí mi retiro y me refugié en esta aldea. Desde entonces no ha pasado día en que yo no piense en la venganza. Por fin llegó mi hora...

Silvio sacó del bolsillo la carta que había recibido aquella mañana y me la dio para que la leyese. Una persona, algo así como un apoderado, le escribía desde Moscú que el individuo consabido estaba a punto de casarse con una joven y bellísima dama.

—Habrà usted adivinado —dijo Silvio— de qué individuo se trata. Me voy a Moscú. Deseo ver si recibe la muerte en vísperas de su boda con la misma indiferencia que hace seis años, cuando comía cerezas.

Diciendo estas palabras levantóse Silvio y se puso a pasear con agitación como un tigre en su jaula. Yo le escuchaba en silencio, agitado por los sentimientos más contradictorios.

Entró el criado a anunciarle que los caballos estaban listos. Silvio me estrechó con fuerza la mano; nos abrazamos y subió al coche, donde entre las maletas se veía la caja de pistolas. Nos despedimos y arrancaron los caballos.

## CAPÍTULO II

Pocos años después, las circunstancias me obligaron a establecerme en una pobre aldea del distrito de N. Ocupado en la agricultura, no dejaba de suspirar pensando en la grata bulliciosa existencia que había llevado hasta entonces. Lo que más trabajo me costaba, dadas mis costumbres anteriores, era pasar en triste soledad las largas noches invernales. Hasta la hora de la cena lograba distraerme charlando con el starosta , recorriendo los campos o disponiendo nuevos trabajos; pero tan luego empezaba a oscurecer, no sabía qué hacer con mi persona. Los pocos libros que hallé en un armario me los sabía ya de memoria, lo mismo que los cuentos del ama de llaves, y las canciones de los aldeanos me aburrían. A punto estuve de entregarme a la bebida, pero me dolía la cabeza y temía, además, convertirme en borracho de la peor especie, en borracho por tristeza, de los que abundaban en el distrito. No tenía yo vecinos próximos, como no fueran dos o tres, tan poseídos por el aburrimiento que más veces suspiraban que hablaban. La soledad era preferible. A la postre, resolví cenar lo más tarde posible y acostarme lo antes que pudiera, de modo que la noche se hiciera corta y largo el día.

A cuatro leguas de mi aldea estaba la hermosa finca del conde B\*\*\*, pero en ella solo vivía por entonces el administrador, pues la Condesa solo una vez la había visitado y para eso no pasó en ella más que un mes, en los primeros tiempos de casada. Esto no obstante, en el segundo otoño que pasé en mi aldea llegó hasta mí el rumor de que la Condesa, acompañada de su esposo, iba a pasar el verano en la finca. En efecto, llegaron a principios de julio.

La llegada de un vecino rico forma época para los que viven en el campo. Los propietarios próximos y sus criados hablan de ella un mes antes y tres años después. Por lo que a mí hace, debo confesar que la llegada de una vecina hermosa y joven me emocionó profundamente y que ardí en deseos de verla, por lo cual el domingo siguiente al en que llegaron me dirigí después del almuerzo a casa de los Condes para presentarles mis respetos en calidad de vecino más cercano.

Un lacayo me introdujo en el despacho del Conde y se retiró para anunciarme. El amplio despacho estaba amueblado con gran lujo; cubrían las paredes grandes estanterías llenas de libros y coronadas por bustos; sobre la chimenea de mármol había un enorme espejo; cubría el suelo mullida alfombra verde, así como soberbios tapices. Desacostumbrado a aquellos es-

plendores en mi humilde vivienda, me admiré de ellos y aguardé al Conde con cierta timidez, semejante a la del pretendiente de provincias que visita a un ministro. Abrióse la puerta y entró un hombre como de treinta años, de bella presencia. Acercóse a mí el Conde, sonriente y amable, y me interrumpió apenas comencé a presentarle mis respetos. Nos sentamos. Su conversación, grata y amistosa, disipó mi timidez, y ya empezaba yo a recobrar mi sangre fría, cuando se abrió la puerta, y presentándose la Condesa, perdí nuevamente los estribos. Era, en verdad, una belleza. El Conde me presentó a ella; quise yo hacer del displicente; pero, lejos de conseguirlo, cuanto más alarde hacía de indiferencia, más torpe me resultaba a mí mismo. Ellos, para tranquilizarme, pusieronse a hablar entre sí, tratándome como a un antiguo conocido, sin ceremonia alguna. Mientras hablaban, me paseé de un lado a otro, mirando los cuadros y los libros. No soy entendido en pinturas, mas una de ellas me llamó la atención. Representaba un paisaje de Suiza y me sorprendió, no por la belleza, sino por estar el lienzo perforado por dos balas.

— ¡Buen disparo! — exclamé, dirigiéndome al Conde.

— Sí — me contestó —, fue un disparo muy notable. Y usted, ¿tira bien a pistola?

— Lo bastante — repliqué, celebrando que la conversación recayera sobre un tema en el cual era entendido —. A treinta pasos atravieso una carta, claro es que con un arma conocida.

— ¿De veras? — preguntó la Condesa, dando muestras de interés —. ¿Y tú eres capaz de eso también? — le preguntó a su esposo.

— Alguna vez que otra — contestó este —. Ya probaremos. Hubo un tiempo en que tiraba yo bastante bien; pero de cuatro años a esta parte no he cogido una pistola.

— Entonces — dije yo — me temo que no le dé usted a una carta ni siquiera a veinte pasos, porque la pistola exige una práctica constante. Lo sé por experiencia. En nuestro regimiento pasaba yo por uno de los mejores tiradores. Una vez estuve un mes entero sin tirar, porque había mandado mis pistolas al armero. Y ¿sabe usted lo que me pasó? La primera vez que volví a tirar marré una botella a veinte pasos de distancia. Si quiere usted seguir tirando bien no debe hacer eso. El mejor tirador que he conocido se

ejercitaba todos los días, tres veces por lo menos, antes de la comida. Era un aperitivo para él.

El Conde y la Condesa se alegraban de mi verbosidad.

—¿Qué tal tiraba? —preguntó el Conde.

—Pues verá usted. Veía una mosca en la pared... —¿Se ríe usted, Condesa? Pues nada más cierto. —Veía una mosca en la pared y llamaba a su criado. Este le traía una pistola cargada, y él disparaba y aplastaba la mosca.

—¡Maravilloso! —exclamó el Conde—. ¿Cómo se llamaba?

—Silvio.

—¿Silvio? —dijo el Conde dando un salto—. ¿Usted ha conocido a Silvio?

—¿Cómo no? Fui amigo suyo. En nuestro regimiento le recibían como a un amigo, pero hace cinco años que nada sé de él. ¿Le conocía usted también?

—Le conocía muy bien. ¿Acaso no le contó a usted un suceso muy extraño?

—¿Lo del bofetón que le dio en un baile un rival suyo?

—¿Le dijo a usted el nombre del rival?

—No, no me lo dijo. Pero, perdone usted, Conde —añadí—, tal vez fue usted y en ese caso...

—Sí, yo fui, y ese cuadro agujereado por las balas es un recuerdo de nuestra última entrevista.

—¡No hables de eso, por Dios! —exclamó la Condesa—. No tengo valor para escucharlo.

—Perdona, pero lo contaré todo. Este señor sabe cómo ofendí a su amigo; bueno es que sepa cómo se vengó Silvio.

El Conde me rogó que me sentase, y yo, con gran curiosidad, oí el siguiente relato:

—Hace cinco años me casé, y el primer mes de matrimonio, la luna de miel, la pasamos en este pueblo. A esta casa le debo los mejores instantes

de mi vida a la par que los recuerdos más penosos de ella. Una tarde salimos juntos a caballo; el caballo de mi mujer se asustó y ella me entregó las riendas, dejó la silla y volvió a pie. Yo iba delante a caballo. En el patio vi un coche de camino y los criados me dijeron que en el despacho me esperaba un caballero que no había querido decir su nombre, pero sí que tenía que hablarme con urgencia. Entré en mi cuarto y vi en la oscuridad a un hombre cubierto de polvo. Me acerqué a él y traté de recordar sus facciones.

—¿No me conoces, Conde? —dijo con voz temblorosa.

—¡Silvio! —exclamé yo. Y confieso que se me erizaron los cabellos.

—Él mismo —replicó—. Tengo un disparo a mi favor y he venido a descargar mi pistola. ¿Estás pronto?

Por el bolsillo de su gabán asomaba una pistola. Yo medí doce pasos y quedé en pie, allí, en el rincón, rogándole que disparase pronto, antes de que volviera mi mujer. Vaciló entonces y pidió lumbré. Le di una vela. Cerré la puerta, ordenando que no entrase nadie y de nuevo le supliqué que disparase. Sacó la pistola y apuntó... Conté los segundos, pensé en ella... Fue un minuto horrible. Silvio bajó el brazo.

—Siento que la pistola no esté cargada con huesos de cereza —dijo—; las balas pesan. Además, pareceme que esto no es un duelo, sino un asesinato, y yo no tengo costumbre de matar a los indefensos. Echemos suertes otra vez, y veamos a quién le toca disparar primero.

Me negué a ello. Por último, cargamos otra pistola; echamos dos papeles numerados en la gorra que en otro tiempo atravesara yo de un balazo, y saqué de nuevo el número uno.

—Eres, por vida mía, afortunado, Conde —exclamó con una sonrisa que nunca olvidaré.

No sé lo que pasó por mí, ni qué impulso me movió a ello, pero sí que disparé y que la bala dio en ese cuadro. El Conde señaló con el dedo el paisaje suizo; su rostro estaba encendido; el de la Condesa, muy pálido. Yo escuchaba con viva curiosidad.

—Disparé —prosiguió el Conde— y, a Dios gracias, erré el tiro. Silvio entonces, con semblante fiero, apuntó lentamente hacia mí. De pronto, se

abrió la puerta; María entró corriendo, y dando un grito se abrazó a mí. Su presencia me devolvió la sangre fría.

—Querida mía —le dije—, ¿no ves que estamos de broma? ¿Por qué te asustas? Ven, bebe un sorbo de agua y te presentaré a un antiguo compañero y amigo mío.

María no me dio crédito.

—¿Es verdad lo que dice mi marido? —preguntó, volviéndose hacia Silvio—. ¿Es cierto que están ustedes de broma?

—Su marido de usted está siempre de broma, Condesa —dijo Silvio—. Una vez me dio, bromeando, un bofetón; luego me agujereó esta gorra de un balazo, siempre de broma, y hace un momento, si no yerra el tiro, hubiera puesto fin a mis días, también de broma. Ahora, el que tiene ganas de bromear, soy yo.

Y diciendo estas palabras, volvió a apuntarme, en presencia de mi mujer. María se arrojó a sus pies.

—¡Levántate, marcha, eso es una vergüenza! —le grité, loco de furor—. Y usted, caballero, tenga la bondad de no burlarse de una mujer. ¿Dispara usted o no?

—No, no disparo —replicó Silvio—; estoy satisfecho; he visto tu confusión, tu dolor y tus celos; te he obligado a disparar contra mí. Con eso me basta. Te acordarás de mí. Te entrego a tu conciencia.

Al pronunciar estas palabras fue a salir; pero de pronto se paró en el dintel, vio el cuadro agujereado por mí, disparó sobre él su pistola, casi sin apuntar, y desapareció. Mi mujer se había desmayado; mis criados no se atrevieron a detenerle, por el miedo que su actitud les infundiera, y pudo salir al patio, llamar al cochero y marchar tranquilamente en el coche que lo trajo antes de que yo recobrase la calma.

Calló el Conde.

De este modo supe el final del cuento, cuyo principio tanto me sorprendió. No volví a ver al protagonista de él. Me dijeron que Silvio, en tiempo de la rebelión de Alejandro Ipsilanti, mandaba una compañía griega y murió en un combate.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**